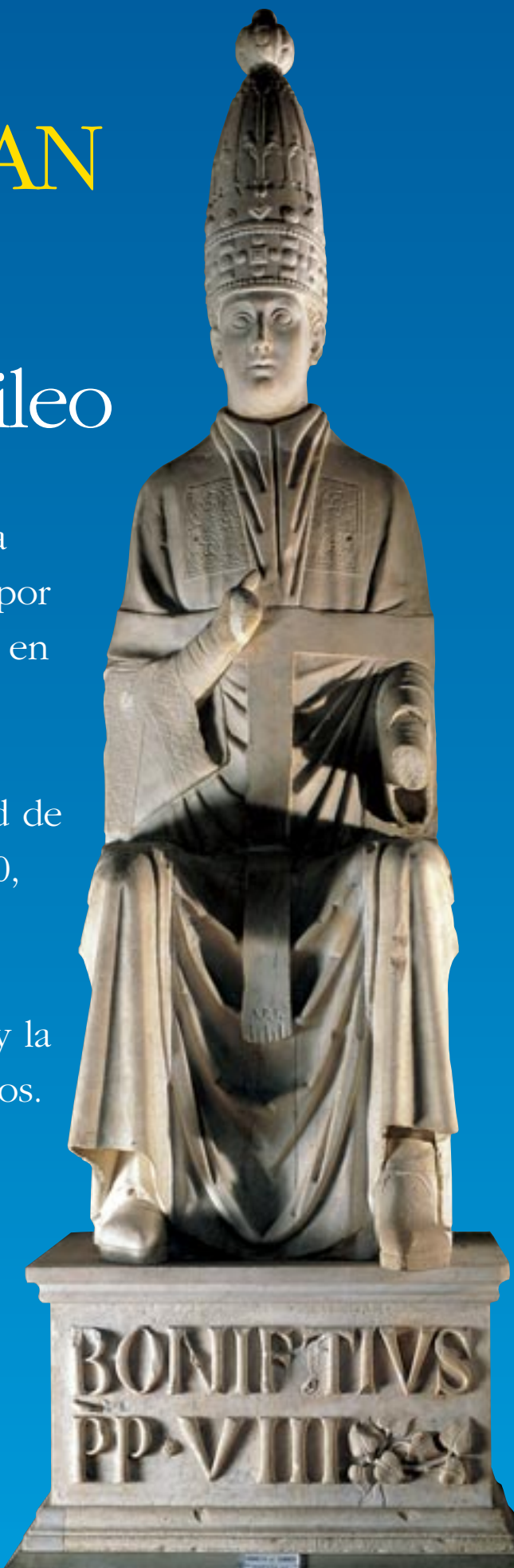
Todos los caminos llevan a Roma

Siete siglos de Jubileo

Se cumplen setecientos años de la instauración del jubileo romano por Bonifacio VIII. Roma, convertida en cita multitudinaria de peregrinos, se embelleció con nuevos templos que pregonaban el poder y la universalidad de la Iglesia. Con ocasión del Jubileo 2000, recreamos el momento fundacional, la riada de peregrinos, el pulso de la ciudad, la picaresca de sus habitantes y la imagen de los papas de hace siete siglos.



Una riada de gente y oro
Ivana Ait

Templos para impresionar
Maria Teresa Gigliozzi

Los símbolos del poder
Agostino Paravicini Bagliani

Un río de gente y de oro

Con la instauración del Jubileo, hace ahora 700 años, los papas impulsaron el papel de Roma como faro de la cristiandad, a la vez que la ciudad se convertía en un centro de enormes intereses económicos

Ivana Ait
Historiadora

Vista de Roma en el siglo XVI (Mantua, Palacio Ducal).

CUANDO EN 1300 EL PAPA BONIFACIO VIII anunció el primer Año Santo, la zona de Roma realmente habitada era mucho más restringida que la comprendida en el antiguo recinto de las Murallas Aurelianas: la población había quedado reducida a menos de 50.000 habitantes y, como otras ciudades medievales, los barrios habitados se alternaban con terrenos cultivados o dedicados al pastoreo.

Tanto por sus riquezas monumentales, como por los lugares de culto, o bien por ser la sede del Vicario de Cristo, Roma siempre había sido meta de peregrinaciones, que constituyeron una de las fuentes de ingresos más importantes para sus habitantes. En especial, el Jubileo fue un fenómeno totalmente romano por el lugar donde se desarrollaba, por las consecuencias para la vida económica y civil, así como por la resonancia que producía en todo el mundo el nombre y la idea de Roma.

La respuesta de la Cristiandad fue muy calurosa y los cronistas son unánimes a la hora de dar fe de la gran afluencia de peregrinos a Roma y de valoración las favorables repercusiones económicas que este acontecimiento producía en la ciudadanía. No es casualidad que hacia mediados del siglo XIV son precisamente valoraciones de carácter económico las que exijan la celebración de un nuevo año santo que, según las disposiciones de Bonifacio VIII, debería convocarse cada cien años.

Al clima político y social más bien turbulento de esa primera mitad del siglo, a la que no fue ajeno el traslado de la curia papal de Roma a Aviñón, donde permaneció durante 70 años, se habían añadido los sufrimientos derivados de dos grandes calamidades naturales: la famosa Peste Negra de 1348, inmortalizada por Boccaccio en las páginas de su *Decamerón*, y un violento terremoto. La pestilencia había perdonado en parte a la ciudad y, en señal de reconocimiento a Dios por haberse zafado del peligro, se dio comienzo a la construcción de la larga escalinata que lleva hasta el Ara Coeli; en cambio el terremoto, entre el 9 y el 10 de septiembre, fue devastador, y provocó el derrumbamiento del campanario de la basílica de San Pablo, una parte de la torre de las Milicias, dañó la basílica de San Juan de Letrán y varios edificios antiguos. Por ello se enviaron a Aviñón ya en 1348 unas embajadas –compuestas en gran parte por ciudadanos romanos– para solicitar del Papa que proclamase un nuevo año santo. Finalmente, Clemente VI anunció el Jubileo para el año 1350 y nombró un senador extraordinario, ayudado por dos cardenales, a quienes dotó de plenos poderes.

El papa Silvestre y el emperador Constantino, en un fresco de la iglesia de los Cuatro Santos Coronados, Roma, izquierda.

Pero hubo también motivaciones de orden económico, además de religiosas y políticas en el origen del último año santo del siglo: Urbano VI había establecido que el intervalo para la concesión del perdón se redujese a 33 años, como recuerdo de los años de la vida de Cristo, pero al haber transcurrido ya el período indicado, decidió anunciar el Jubileo para el año 1390, estableciendo que, además de las basílicas de San Pedro, San Pablo y de Letrán, se visitase también la de Santa María la Mayor. También en esta ocasión llegaron peregrinos de todos

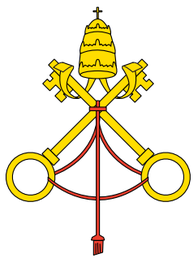
Pío II durante una audiencia, en un fresco de Antonio Nasini (Siena, Palazzo Pubblico, siglos XVII-XVIII), abajo.

los rincones de Europa, aportando notables beneficios a las desastrosas finanzas pontificias. Y del negocio representado por este acontecimiento nos proporcionan un claro testimonio los cronistas de la época, cuando nos hablan de "muchos tesoros que hicieron crecer a la Iglesia" o de *aurum infinitum* (oro infinito) que llenó las arcas pontificias. Posteriormente, cuando Pablo II estableció en 25 años la periodicidad de la celebración de los años santos, tuvo muy en cuenta, sin duda, las consideraciones de carácter económico.

Patrullas por las calles

Para quienes provenían de más allá de los Alpes, el itinerario principal cruzaba el puerto de montaña del Gran San Bernardo y recorría la vía Francigena o Romea que, pasando por Aosta, Ivrea, Vercelli, Pavía y Plasencia, llegaba a los Apeninos, al puerto de la Cisa, y de aquí continuaba por Lucca, Siena y Viterbo y llegaba a la vista de Roma en la zona de Monte Mario. La elección del recorrido podía variar por razones económicas: así, por ejemplo, en 1450, a causa de una tasa impuesta para poder cruzar el río Panaro por un puente de barcas, muchos viajeros cambiaron su itinerario.

Durante los primero jubileos, San Pedro tenía el aspecto de la basílica paleocristiana cosagrada el 326. El edificio tenía un atrio, con una fuente y una monumental piña de bronce, que acogía un mercado.



Los medios de transporte, para los más pudientes, eran el caballo, la mula y las carretas; los demás iban a pie. Realmente, las molestias durante el recorrido eran notables y debidas a varios factores: el estado de los caminos, las enfermedades y el bandolerismo. Para la defensa de los viajeros y para ayudarlos a lo largo del camino, el papa Nicolás V había reclutado una milicia especial que en 1450 estaba repartida en varios puntos del Estado pontificio; además, a los municipios que se hallaban a lo largo de los recorridos principales se les pidió que patrullasen las carreteras para garantizar un tránsito tranquilo.

Fueron numerosos los bandos y los ahorcamientos ejemplares: incluso, en vísperas del año santo de 1700, el papa Inocencio XII dio muestras de su severidad haciendo ahorcar y luego descuartizar en la plaza del Pueblo a cuatro hombres de Spoleto, "por haber asesinado muchos por los caminos". Con todo, faltaba un órgano administrativo cuya tarea fuese coordinar todas las actividades relacionadas con el control y la gestión del movimiento de los peregrinos, al menos hasta el jubileo de 1600, cuando Clemente VIII instituyó dos congregaciones cardenalicias para tratar de resolver los problemas referentes al bienestar de los peregrinos, además del de los romanos; pero sólo en 1896 se creó un comité que se convirtió en órgano promotor del inminente año santo y que, posteriormente, se ocupó de organizar la celebración.

Las ventajas del año santo repercutieron sobre la ciudad y, especialmente, en favor de ciertas categorías sociales. Los observadores de la época notan con frecuencia la repentina falta de bienes de primera necesidad: "La impensable afluencia de romeros comenzó a amenazar carestía –recuerda el cardenal Iacopo Stefaneschi–; ni los hornos ni los molinos sobrecargados parecían dar a basto a la multitud"; y todavía un siglo después, con ocasión del jubileo de 1450, el cronista romano Paolo dello Mastro refiere que "habiendo llegado a Roma de golpe tanta multitud, las muelas y los hornos no podían bastar para tanta gente". Observadores más sensibles a lo económico, como el mercader cronista Giovanni Villani, mostraban los mecanismos económicos puestos en marcha por la clase mercantil en estas contingencias: "Los romanos por sus comestibles fueron todos ricos"; todavía algunos años después, el hermano Matteo recordaba cómo durante 1350 "los romanos todos se habían hecho mesoneros para ganar desordenadamente, pudiendo hacer que hubiera abundancia y baratura de todas cosas, mantuvieron la carestía de pan y vino y carne todo el año".

También un poeta de Abbrucio, Buccio di Ranallo, que estaba en Roma ese año, refiere que, a pesar de que en el puerto de Ripa hubiese centenares de barcos cargados de grano, vino y fruta, los precios habían aumentado y los romanos robaban al comprador, mezclando mercancías de buena calidad con otras malas.

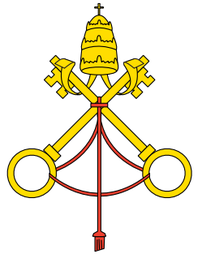
Precios controlados

Los comerciantes aprovechaban el momento de máxima demanda de bienes primarios, monopolizando la compraventa de los alimentos, en particular del grano y del vino, y bloqueaban su entrada en la ciudad para aumentar los precios. Una operación especulativa, que las autoridades trataron de contener. Paulatinamente los papas, en previsión de los años santos, comenzaron a tomar una serie de iniciativas. En primer lugar favorecieron la recogida de provisiones, almacenando una gran cantidad de víveres en los almacenes; así, por ejemplo, para el jubileo del año 1550, al ser insuficientes las importaciones de grano de Sicilia, se adquirieron grandes cantidades también en España y en Provenza. Ordenaron a la región de los Castelli, cercana a Roma, que proporcionase pan; instituyeron un precio político para los bienes de primera necesidad y concedieron que los peregrinos pudiesen introducir en la ciudad lo necesario para sobrevivir.

Otra medida para evitar las dificultades fue la autorización de abreviar el período de las visitas jubilares, que para los romanos era de treinta días, para los italianos de quince, y para los ultramontanos, de diez o cinco días, según el país de origen, permi-

tiéndose que los forasteros realizasen en un solo día todos los requisitos para obtener el perdón. Lo que significaba quitar a los ciudadanos toda posibilidad de obtener ganancias de los peregrinos. Los sectores más favorecidos en estas ocasiones fueron "éstos, es decir, primero los banqueros y los boticarios y los pintores de la Santa Faz, éstos atesoraron mucho dinero; y también los mesones y las tabernas y todos los oficios sacaron buen partido": como con agudeza cuenta el cronista romano Paolo dello Mastro con ocasión del jubileo de 1450. Así, pues, estaban los banqueros, cuyas ganancias, en este período, se debían fundamentalmente al cambio de las muy variadas monedas traídas por los numerosos peregrinos; los boticarios, que proporcionaban al mercado cera, velas y antorchas, que se utilizaron en gran cantidad en las innumerables ceremonias religiosas, además de ungüentos y productos medicinales; los revendedores de estampitas sagradas y de pequeños recuerdos y, asimismo, como se diría hoy, los operadores del sector de alojamiento.

Los observadores de la época reconocen al unísono que, en 1350, "todos eran hosteleros". La situación, a cien años de distancia, no había cambiado en absoluto: "Vino tanta gente, que en Roma no se podía estar y cada casa era albergue y no bastaba", señalando asimismo los inconvenientes por el mal funcionamiento de los servicios logísticos a causa del excesivo gentío presente en determinados períodos del año santo. Y si, en la primavera del año 1450, los peregrinos hallaron refugio en los viñedos, o bajo los soportales, "porque era el tiempo bueno", en el otoño no hallaron cobijo ni siquiera a cambio de dinero, por lo que se veían obligados a dormir al raso encima de los puestos del mercado "muertos de frío que era una pena". Aun así, según lo que cuenta el memorialista Giovanni Rucellai respecto al jubileo de 1450 "había en Roma mesones 1.022 que tienen emblema y sin emblema también un gran número". El emblema indicaba un ejercicio público que, frente a las casas privadas dedicadas eventualmente a hospedaje, ofrecía comida y alojamiento y la posibilidad de encerrar a los caballos en cuadras.



El papa Bonifacio VIII recibe en audiencia a embajadores de otros Estados; pintura de Jacopo Ligossi (Florencia, Palazzo Vecchio, siglos XVI-XVII), derecha.

De *ángeles* a *perros*

Con todo, las cifras no son seguras, porque eran numerosas las actividades que se emprendían únicamente para la ocasión. El complejo hostelero romano se concentraba en el barrio Parione, en particular en la zona de Campo de' Fiori, en un área adyacente al Vaticano y, hacia fines del siglo XV, también en los arrabales del Orso y de Tor di Nona, en el barrio Ponte, así como en el Trastévere y en Ripa. Se había extendido la costumbre de subarrendar habitaciones y a menudo, como informa un testigo ocular, los romanos, después de haberse mostrado como *ángeles* en la acogida a los forasteros en sus casas, se convertían en *perros* cuando ponían en una cama preparada para tres o cuatro personas a siete u ocho inquilinos. Evidentemente, también en este sector la fuerte demanda provocaba un notable aumento de los alquileres de los inmuebles al aproximarse los años santos, y a veces los inquilinos eran desahuciados para poder alojar a un número

Todos los jubileos, de 1300 a 2000

1300. Bonifacio VIII, por primera vez en la historia del cristianismo, concedió el perdón a los fieles arrepentidos y confesados que hubieran visitado las basílicas de San Pedro y San Pablo.

1350. El jubileo se celebró estando ausente la Curia pontificia, que se hallaba en la sede francesa de Aviñón.

1390. Urbano VI dispuso que el jubileo se celebrase cada 33 años, la duración de la vida de Cristo, y estableció que se añadiese, a la visita de las basílicas de San Pedro y San Pablo, la de Santa María la Mayor.

1450. Se produce un grave accidente, con muertos y heridos, en el puente de Sant'Angelo debido a la gran afluencia de peregrinos el día de Nochebuena. Nicolás V estableció la periodización de los años santos cada 25 años.

1475. Escasa afluencia de peregrinos a causa del desbordamiento del Tíber y de la peste, que obligó al propio Sixto IV a abandonar Roma. El jubileo se retrasó a la Semana Santa de 1476.

1500. Alejandro VI introdujo la ceremonia de la apertura de la Puerta Santa en la basílica de San Pedro.

Alejandro VI.

1525. Los luteranos difundieron contra Clemente VII libelos polémicos sobre la diferencia entre el jubileo de Cristo, concedido a todos gratuitamente, y el del papa, dirigido únicamente a fortalecer las finanzas de la Iglesia.

1550. Anunciado por Pablo III, se celebró durante el pontificado de Julio III.

1575. Anunciado por Gregorio VII, se caracterizó por la notable afluencia de cofradías, que desfilaron por las calles de la ciudad, acompañadas por un gran número de cantores e instrumentos.

1600. Clemente VIII nombró dos comisiones prelaticias para los aspectos materiales y espirituales.

1625. Urbano VIII dictó un bando que prohibía introducir en la ciudad todo tipo de armas con el fin de que reinasen la tranquilidad y la paz, y concedió indulgencia también a los presos y a las monjas de clausura.

1650. Fue el triunfo del arte. Alessandro Algardi realizó el altorrelieve que representa al papa León Magno que detiene a Atila, colocado en San Pedro, y la estatua de bronce de Inocencio X, en el Campidoglio; Bernini esculpió el *Éxtasis de Santa Teresa* y Borromini se ocupó, entre otras cosas, de la restauración de San Juan de Letrán.

Inocencio X.

1675. La mañana de Pascua, en la plaza Navona, en presencia de la reina Cristina de Suecia, se desarrolló una grandiosa ceremonia: a ambos lados de la fuente se elevaban dos enormes máquinas con forma de mausoleo, sobre las que destacaban las estatuas del Redentor y de la Virgen.

1700. En septiembre muere Inocencio XII y en los dos meses de sede vacante disminuyó la afluencia de peregrinos; en noviembre un desbordamiento del Tíber hizo impracticable la vía Ostiense, por lo que se cambió la visita de San Pablo por la de la iglesia de Santa María del Trastévere.

1725. Fue un año santo muy austero, en el que se prohibió todo tipo de diversión.

1750. Animado por un fuerte espíritu religioso, Benedicto XIV llenó Roma de predicadores.

1775. La Puerta Santa fue abierta con la sede papal vacante y sólo el 25 de febrero el recién elegido, Pío VI, dio comienzo al año santo dictando disposiciones en materia religiosa y de abastecimientos.

1825. Se suprimieron las fiestas oficiales pero no las privadas, entre las que destacó por su importancia la organizada al aire libre en Villa Medici por Valadier, para la embajada de Francia. Pero el clima no era nada tranquilo: en noviembre de ese año subieron al patíbulo de la plaza del Pueblo dos carbonarios, Targhini y Montanari.

Pío XI.

1850. A primeros de año Pío IX volvía de Gaeta tras el breve paréntesis de la República Romana. Los Estados nacionales se resentían todavía de las consecuencias del año de las revoluciones (1848), por lo que no hubo ninguna celebración, aun cuando el Papa concedió la posibilidad de adquirir indulgencia primaria.

1875. Un jubileo menor, con Pío IX *prisionero* en el Vaticano, tras la ocupación de Roma por el nuevo Estado italiano.

1900. Se reanudaron las celebraciones litúrgicas con la apertura de la Puerta Santa y el ya nonagenario León XIII consiguió que las masas se acercasen a la Iglesia. Pero causas políticas –asesinato del rey Humberto I y polémicas anticlericales– y causas naturales –un terrible desbordamiento del Tíber– dificultaron la afluencia de los fieles.

1925. Los peregrinos italianos sumaron 401.889 y los extranjeros, 582.234; el único país ausente fue la URSS.

1950. Se hace indispensable proporcionar a los peregrinos –que en primer lugar son turistas– una estancia cómoda.

1975. Pablo VI estuvo tentado de no anunciar el jubileo, porque podía parecer poco conforme con la tendencia del Concilio Vaticano II, que tendía más a recuperar la autenticidad religiosa que a exteriorizar las devociones.

La lista de los jubileos extraordinarios es mucho más numerosa que la de los jubileos ordinarios; pensemos solamente en que entre el siglo XVI y el XVIII se anunciaron jubileos incluso con ocasión de la elección de nuevos pontífices. En el siglo XX, después del jubileo del año 1933 (19 centenario de la muerte de Cristo) y del de 1966 –por voluntad de Pablo VI–, el último jubileo extraordinario lo celebró en 1983 Juan Pablo II, que también ha anunciado el próximo jubileo extraordinario para el presente año 2000.

Intervenciones urbanísticas

Ya en el jubileo de 1300 surgieron los primeros problemas de transitabilidad. "Dentro y fuera de las murallas de la ciudad se acumulaba una densa multitud, cada vez más numerosa con el paso de los días, y muchos quedaban aplastados por el gentío". Esto es lo que recuerda el cardenal Iacopo Stefaneschi, por lo que se puso un "remedio saludable" para facilitar la entrada en la ciudad, abriendo una segunda puerta en las murallas, entre el puente de Castello y la vieja puerta que permitía el acceso a la vía hacia San Pedro. Con ocasión del jubileo de 1450, Nicolás V financió la restauración de las puertas de la ciudad e hizo adoquinar algunas calles de mayor tránsito; pese a esto, el día de Nochebuena de aquel año, es decir, en uno de los momentos de mayor aglomeración, se produjo un grave incidente en el puente de Sant'Angelo, único nexo directo entre la ciudad y San Pedro, que puso en evidencia la urgencia de adaptar la estructura urbanística de Roma a las nuevas exigencias. Se tomaron medidas inmediatamente, derribando las muchas casas que había en la orilla izquierda del río, obteniendo una plaza a la salida del puente que evitaba así las aglomeraciones del tráfico. Más tarde, Sixto IV, para el jubileo de 1475, quiso ser previsor para que no se repitiesen hechos semejantes, ordenando, entre otras cosas, que se reconstruyese el antiguo puente Aurelio –comúnmente llamado Rotto (roto), por el estado en que se encontraba–, que después tomó el nombre de Ponte Sisto (puente Sixto); luego Alejandro VI, continuando con el programa de renovación arquitectónica con vistas al jubileo de 1500, decidió, entre otras cosas, abrir una nueva vía de Castel Sant'Angelo a San Pedro, que en un primer momento se llamó Alejandrina, y luego se llamó Borgo Nuovo; también Gregorio XIII, para el jubileo de 1575, hizo ampliar y modificar la vía Merulana, que unía Santa María la Mayor con Letrán.

más alto de peregrinos. También en este caso, la autoridad pontificia, a partir del jubileo del 1550, tomó diversas medidas estableciendo un bloqueo de los alquileres y prohibiendo la expulsión de los inquilinos. Estas disposiciones se renovarán con ocasión del jubileo de 1575.

El primer jubileo puso en evidencia los problemas de organización, referente, sobre todo a la multitud de los menos pudientes que llegaban a Roma. Junto a las cofradías romanas que tuvieron una rápida expansión, como, por ejemplo, la famosa compañía del Gonfalone o la del Salvador, que se ocupaba de pequeños hospitales, como el del mismo nombre de San Juan de Letrán, aparecieron instituciones de caridad a iniciativa de grupos nacionales, que ofrecían a los peregrinos de su propia etnia servicios varios: asistencia sanitaria, comida, alojamiento, pequeñas limosnas para el viaje de vuelta. Se trataba de intervenciones fundamentales, al faltar todavía una estructura asistencial ciudadana adecuada, si se exceptúa el Hospital di Santo Spirito, en las cercanías de San Pedro, restaurado por Sixto IV con ocasión del jubileo de 1475.

A estas cofradías o corporaciones nacionales (las *scholae*) se unieron pronto los *xenodochi* (casas para extranjeros) y los hospicios, como el de los Aragoneses y Valencianos, cerca de Santa María de Monterone, que se remonta al jubileo de 1350; o el inglés de Santo Tomás de Canterbury, cuya fundación (1362) se relaciona con los incidentes ocurridos a los peregrinos ingleses que, llegados a Roma en 1350, fueron víctimas de ladrones y malhechores. Así, para el jubileo de 1400, surgió en Santa María del Ánima, en el barrio de Ponte, el hospicio para los peregrinos de lengua alemana y, en vísperas del de 1450, nacieron la asociación de Santa María del Campo Santo de los Alemanes, Flamencos y Suizos, y el hospital de los Españoles, cerca de la iglesia de San Jaime, en la plaza Navona.

Diezmados por la peste

El aspecto sanitario era una preocupación, ya que estas aglomeraciones facilitaban la difusión de epidemias. Los testimonios de la época nos recuerdan algunas especialmente graves: la que sobrevino con ocasión del jubileo de 1450, y también las de 1475 y 1525. Y, para hacer frente a estas contingencias, los papas, además de abreviar el proceso para obtener el perdón y el período de permanencia, concedieron a varias *scholae* poder enterrar a sus compatriotas muertos en los distintos cementerios anejos a los hospicios. Pero sólo a mediados del siglo XVI se hizo frente al problema de manera menos episódica, al instituir una cofradía que tenía por finalidad principal la de socorrer a los peregrinos. Con los medios financieros y con las ofertas de géneros alimenticios puestos a disposición de los peregrinos por la ciudadanía romana, y también por los pontífices, la cofradía de la Santa Trinidad de los Peregrinos ofreció comida y alojamiento, por poner un

El Pontífice atiende las consultas que le plantean, en una miniatura del *Decretum Gratiani* (París, Biblioteca Nacional).

ejemplo, en 1550, a 67.500 personas y, en 1575, nada menos que a 135.000 forasteros.

De todos modos, las medidas encaminadas a cuidar de la sanidad pública empezaron a aparecer sólo a mediados del siglo XVI, cuando se creó una Congregación Sanitaria que prohibió la entrada en la ciudad de los que careciesen de un "certificado de salud", que daban las autoridades de la ciudad de origen.

Si el primer jubileo de la Edad Moderna (1525) se vio trastornado por una terrible epidemia, los siguientes se desarrollaron en un clima de agitación religiosa, debido a los ataques protestantes y a la restauración pontificia, que desembocó en la condena de Giordano Bruno, quemado vivo en Campo dei Fiori en febrero del año santo de 1600. Comienza así una serie de ocho años santos celebrados con una secuencia larga y ordenada, como no había sucedido anteriormente ni volvería a suceder con posterioridad. En 1599 se nombraron dos comisiones –por primera vez en la historia de las celebraciones jubilares– encargadas de la preparación del año santo para los aspectos espirituales y de todos los aspectos de la organización material.

Los problemas planteados por la afluencia de peregrinos, cuyo número registró un notable aumento a partir de la segunda mitad del siglo XVI, fueron, sobre todo, de carácter logístico y de abastecimiento. Como ya dijimos, se intentó poner remedio al primer problema a través de una política de congelación de los alquileres y de los desahucios –pero, al menos hasta el siglo XVIII, la mayor contribución continuó llegando de la iniciativa privada–, mientras que se hizo frente al urgente problema del abastecimiento por medio de la recogida de los depósitos de grano y con una política de importación de ingentes cantidades de las zonas de producción más importantes.

El desarrollo normal de los jubileos prosiguió durante todo el siglo XVIII, pero la cultura laica imperante había atenuado el empuje religioso y por tanto la afluencia de peregrinos. La situación se agravó incluso después de la Revolución Francesa, cuando la Iglesia vio cómo se ponía en entredicho su mera existencia material a causa de las persecuciones, de las secularizaciones de las obras pías, por la supresión de las casas religiosas y de las propiedades. Así, entre grandes problemas administrativos y financieros, se abría en 1825 el primero y único jubileo del siglo.

Un giro extraordinario

Con el fin del poder temporal de la Iglesia, se registró una larga pausa en las celebraciones jubilares, que se reanudaron sólo en 1900. Para la preparación de este año santo se instituyó en Bolonia un comité internacional y el propio Gobierno italiano, por primera vez ante un acontecimiento semejante, intervino en favor de su libre desarrollo. Pero diversas causas, algunas políticas –como el asesinato del rey de Italia, Humberto I, y las polémicas anticlericales–, otras naturales –las inundaciones provocadas por el Tíber– perturbaron su desarrollo. Con el jubileo de 1925, que tenía por meta la unidad de los católicos de todo el mundo, se reanudaron las preocupaciones por la subida de los precios, por la escasez de alojamientos, por las dificultades de transporte, inconvenientes todos ellos a los que el comité organizador trató de hacer frente creando comisiones nacionales y locales.

Bendición papal en la Plaza de San Pedro, en un grabado de Salvatore Morani del siglo XIX. (Roma, Palacio Braschi).

Con un mensaje radiofónico, el 24 de diciembre de 1949 el papa Pío XII anuncia al mundo –todavía desgarrado por los últimos acontecimientos bélicos– la apertura de la Puerta Santa. Se reanima el interés por el evento y la afluencia de peregrinos, sobre todo por la subyacente polémica con el mundo de los *sin Dios*. Los jubileos de 1950 y de 1975 conocen una radical transformación, no sólo en los medios de transporte sino en el espíritu de los peregrinos, que ahora son sobre todo turistas, evidenciando cada vez más los aspectos comerciales del acontecimiento.

El Gran Jubileo de 2000, en cambio, se anuncia como algo completamente diferente, no sólo por su significado religioso, con la extraordinaria apertura a las demás religiones, lo que le confiere un carácter de universalidad y ecumenismo, sino también por lo emblemático de la fecha. Los creyentes van a tener ocasión de celebrar la aventura terrenal de Cristo y el misterio de su encarnación exactamente dos mil años después, mientras la Humanidad entera dejará a sus espaldas no sólo un siglo, sino un milenio de su larga y atormentada historia.

La excepcionalidad del acontecimiento repercutirá, naturalmente, sobre el número de peregrinos, ya sin fronteras, que se prevé de varias decenas de millones. Junto a la Iglesia, también la ciudad de Roma y el propio Estado italiano se disponen a celebrar un acontecimiento que, como ha señalado el historiador Jacques Le Goff, tiene que ver con todos los europeos, "incluso los apegados al ideal laico conquistado en tiempos recientes". Esto –explica el gran medievalista francés– se debe a que la cita de 2000 es también una gran conmemoración de aquel primer jubileo de 1300. Éste demostró la existencia, "en un momento de crecimiento de los Estados europeos modernos, de la unidad y la conciencia de la Cristiandad, es decir, de Europa".

Templos para impresionar

Para reafirmar su supremacía sobre el Imperio, el Papado renovó las basílicas de Roma, confiando las obras a grandes maestros y recuperando el arte clásico

Maria Teresa Gigliozzi
Historiadora

EGO SUM CAESAR, EGO SUM IMPERATOR. No se trata de una frase pronunciada por un emperador romano, sino por un papa medieval. Esto no sorprende, si tenemos en cuenta que quien profirió estas palabras era un pontífice del calibre de Bonifacio VIII, acusado de idolatría después de su muerte, acaecida en 1303. Sin embargo sería un error considerar el sentido de sus palabras sólo como el delirio de omnipotencia de un hombre especialmente orgulloso. La expresión del Papa, en cambio, encaja perfectamente con lo que la Iglesia afirmó y sostuvo tenazmente en los siglos anteriores. Unos 150 años antes que él, otro papa, Inocencio II, fue definido como "César y soberano del mundo entero", "verdadero emperador".

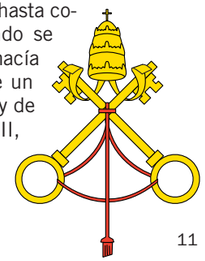
Remontándonos aun más en el tiempo, llegamos al papa que puso por escrito una cuestión de vital importancia: la supremacía de la Iglesia respecto al Imperio. Gregorio VII, al poner en marcha la reforma que lleva su nombre, escribió, a mediados del siglo XI, el *Dictatus papae*. En este texto, establecía los principios por los que la Iglesia debía ser considerada una institución divina, el poder temporal tenía que estar subordinado a ella y el Pontífice debía ser un soberano absoluto, que gozaba del derecho de adoptar las insignias imperiales. ¿Por qué necesitaba afirmar todo esto Gregorio? El "dictado papal" se contraponía, y con firmeza, a la antigua pretensión de los emperadores cristianos –tan antigua como la de la Iglesia– de poseer la herencia de la Roma de los Césares.

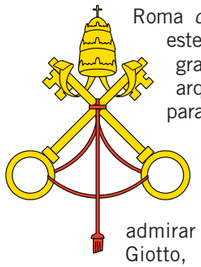
Cabeza del mundo

Ciudad símbolo del poder laico y religioso, *caput mundi, domina gentium*, así se consideraba a Roma en el imaginario colectivo medieval y así la consideraban los emperadores y papas, unos y otros legitimados de forma diferente, al creerse sus más dignos y auténticos representantes.

Pero la imagen de Roma como *caput mundi* no tenía sólo un valor retórico, sino que reflejaba un poder político concreto y enorme. Y, para la Iglesia, las llaves no eran sólo las del reino de los cielos. El Papa se consideraba a sí mismo el único que podía coronar legítimamente a un emperador y por ende otorgarle el poder temporal, lo que habría situado al soberano en un incómodo y subalterno papel de vasallo.

De ahí, las repetidas querellas y luchas políticas que marcaron la historia de la Iglesia y de la propia ciudad de Roma hasta comienzos del siglo XIII, cuando se obtuvo el triunfo de la supremacía papal gracias a la política de un gran pontífice, Inocencio III, y de sus sucesores. En el siglo XIII, los papas se dedicaron con ostentación a magnificar la imagen de la Iglesia y de una





Roma *caput mundi*, involucrando en este ambicioso objetivo a los más grandes maestros del arte y de la arquitectura, a quienes se llamó para que trabajasen juntos a fin de renovar el aspecto de las mayores basílicas romanas.

Sin embargo, nadie –y menos aun Bonifacio VIII–, al admirar las obras de Pietro Cavallini, Giotto, Jacopo Torriti y Arnolfo di Cambio, hubiera podido decir, en este momento, que aquélla era la última época de oro del arte romano, antes del nuevo Renacimiento del siglo XV. Poco después de la muerte del papa Caetani, Roma acabó incluso siendo abandonada: la sede pontificia se trasladó a Aviñón, en Francia, donde se construyó un nuevo y gran palacio para alojar al pontífice y a toda la curia. No fue una breve estancia veraniega, como solía ser, sino un período de unos 70 años.

El idioma de los símbolos

La imagen de la ciudad medieval era resultado no sólo del aspecto arquitectónico de los edificios, sino también de todo lo que contenían, es decir, los mosaicos, frescos, esculturas y mobiliario que los decoraban y que, con frecuencia, hablaban un lenguaje simbólico.

A comienzos del siglo XII, tras las destrucciones causadas por el asedio de Enrique IV (1084), se produjo un gran renacimiento. Éste, sin embargo, no fue sólo de carácter físico, en el sentido de que no se trató sólo de una necesaria campaña de reconstrucción monumental. Significó algo más, ligado, en el fondo, precisamente al *Dictatus* del papa Gregorio. La Iglesia –ocupada todavía, durante todo el siglo, en la lucha con el Imperio por la supremacía– tenía que poner de manifiesto su primacía. ¿Qué mejor medio que el visual, basado en el lenguaje artístico? Así se utilizaron signos y símbolos que debían traducir, por asociación de ideas, el concepto de una Iglesia imperial y, al mismo tiempo, completamente renovada.

Por este motivo, las expresiones figurativas y la arquitectura debían hablar el lenguaje de lo antiguo, lo que significaba recuperar las formas y los modos del arte clásico y paleocristiano. Un fenómeno que sucedió sin distinción de fuentes.

De las numerosas intervenciones de recuperación o reconstrucción realizados en el siglo XII –por ejemplo, San Lorenzo de Lucina, Santos Juan y Pablo, San Bartolomé de la Isla Tiberina, Santa María de Cosmedin–, examinaremos solamente algunas iglesias de las más representativas: San Clemente, los Cuatro Santos Coronados, y Santa María de Trastévere. Reedificadas totalmente sobre construcciones anteriores, ofrecen un testimonio completo y válido de esta renovación, tanto desde el punto de vista arquitectónico como del decorativo. Muchas iglesias del siglo XII fueron objeto, más tarde, de añadidos en el siglo XIII –pórticos, claustros, campanarios, edificios monásticos–; pero también para el siglo XIII tenemos ejemplos muy significativos, como Santa María de Aracoeli y la capilla del Sancta Sactorum.

Después de los edificios totalmente reconstruidos en el siglo XIII, nos fijaremos en las principales reestructuraciones y decoraciones llevadas a cabo en las basílicas más antiguas. Se trata de intervenciones importantísimas, porque, además de haber producido obras extraordinarias, llevan la firma de los mayores artífices de la cultura artística de este período.

Comencemos el itinerario desde San Clemente, que se asoma a la calle que sube de San Juan de Letrán. Fue consagrada en 1118 y se alza sobre una iglesia anterior del siglo IV, pues utiliza como muros de cimentación las estructuras del edificio antiguo que fue enterrado. A su vez, la iglesia pa-

La iglesia de San Clemente es una especie de palimpsesto arqueológico, que permite conocer todas las fases de su construcción. Abajo, **aspecto de los mosaicos del siglo XII del ábside.** En la página opuesta, **los restos aún visibles de la primitiva basílica paleocristiana** (arriba) **y vista de la fachada del edificio actual** (abajo).

leocristiana se insertaba en un contexto arquitectónico de época romana, que todavía se puede visitar y que posee gran encanto.

Palimpsesto de piedra

Este ejemplo hay que considerarlo asimismo como una especie de palimpsesto arqueológico, ya que permite recorrer las fases de la construcción que se han ido estratificando a lo largo del tiempo una sobre otra, en una constante reutilización de los espacios y, naturalmente, de los materiales.

El cuerpo de la iglesia está dividido en tres naves, separadas por arcadas sobre columnas antiguas y que concluye en un ábside. El esquema planimétrico, llamado basilical porque deriva de

Capilla de San Silvestre en la iglesia de los Cuatro Santos Coronados (abajo), **en uno de cuyos frescos** (derecha) **aparece una representación de Constantino entregando el *phrygium* al Pontífice.**

las basílicas civiles de la época romana, era el mismo empleado en las primeras (y mayores) fundaciones cristianas realizadas por el emperador Constantino (San Juan de Letrán y San Pedro del Vaticano). En San Clemente, delante de la fachada, se construyó un cuatripórtico, también del estilo de las basílicas paleocristianas (San Pedro y San Pablo Extramuros). El recinto actual sustituye al atrio del siglo IV. Con todo, el cuatripórtico es bastante poco frecuente en Roma, donde aparece sólo en las iglesias de San Clemente, de los Cuatro Santos Coronados y de San Gregorio Magno, todas ellas situadas en zonas que en la época estaban poco habitadas, mientras que en los barrios más densamente poblados la exigüidad del espacio disponible no permitió su realización, por lo que se prefirió el pórtico simple, que cubría sólo el lado de la fachada.

La separación entre el espacio reservado al clero y el destinado a los fieles está organizado, en San Clemente, por cercas de mármol formadas por lastras esculpidas y decoradas con mármoles polícromos.

Muchas piezas de la decoración litúrgica están fechadas en el siglo IV y han sido reutilizadas en la reconstrucción del edificio del siglo XII. En cambio, a esta fase pertenece el bellísimo pavimento polícromo con dibujos geométricos, cuyo recorrido de la entrada hasta el altar se destaca mediante discos de pórfido y serpentina verde, insertados uno tras otro, como guía.

Si la reutilización de material más antiguo sirvió, además de para embellecer la nueva construcción, para subrayar la idea que la inspiraba, la realización paralela del mosaico absidal, en 1128, no es, en ese sentido, menos convincente, tratándose de una reutilización iconográfica. Aparecen motivos decorativos –desde las hojas de acanto, animales, pastores, cestos de fruta, a las palomas en la cruz, símbolo de los Apóstoles– que se tomaron del repertorio de la Antigüedad tardía, adoptado en las iglesias romanas entre los siglos IV y V y que luego no se utilizó nunca más.

La donación de Constantino

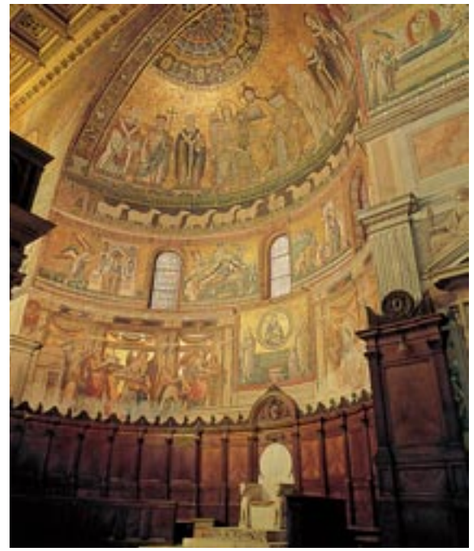
A no mucha distancia de San Clemente, en el Celio, se reconstruyó en los primeros años del si-

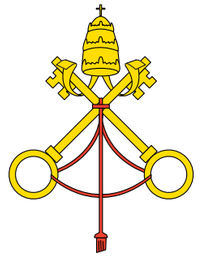
glo XII la iglesia carolingia de los Cuatro Santos Coronados, destruida por un incendio en 1084. Se optó por dimensiones muy reducidas respecto a las del edificio anterior, del que se ocupó sólo una parte de la gran nave central.

La nueva instalación mantiene el esquema basilical de tres naves con el añadido del transepto, elemento introducido o reconstruido entre los siglos XII y XIII en otras muchas iglesias de Roma. También aquí se utilizaron columnas antiguas, mientras que en San Lorenzo Extramuros y en Santa Inés (de los siglos VI y VII) se retomó la idea de una galería sobre las paredes de las columnatas.

El claustro es sugestivo, quizá el primero que se construyó en Roma, aunque no se edificó a la vez que la iglesia, sino a comienzos del siglo XIII. Poco antes se había levantado el monasterio contiguo, del que se puede observar todavía la perspectiva exterior, a la derecha del ábside. Más tarde, en 1246, se consagró una capilla dedicada a San Silvestre, en el ámbito de las obras de construcción de la residencia fortificada del cardenal

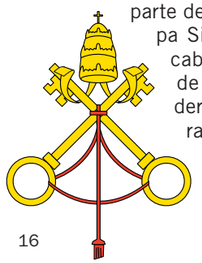
Fachada de la iglesia de Santa María de Trastévere. A la derecha, **ábside del mismo templo.**





La rica decoración del ábside de la basílica de Santa María la Mayor es obra de Jacopo Trorriti de 1295.

Stefano Conti, cuya poderosa mole puede verse muy bien desde la calle de los Cuatro Santos Coronados, más abajo. En concreto, es interesante el tema iconográfico elegido para la decoración al fresco de la capilla: en las paredes del interior se representan, entre otras cosas, las escenas de la conversión de Constantino y de la donación por parte de este mismo emperador al papa Silvestre, del *phrygium*, cubrecabezas triangular, antepasado de la más conocida tiara, considerada símbolo del poder temporal. Más propaganda... Recordar estos episodios lejanos en el tiempo era casi un deber y nada podía parecer políticamente más actual, ya que, una vez más, la Iglesia se veía obligada a tener que reafirmar ante el Imperio, representado por Federico II, su supremacía.



Santa María de Trastévere

Otra iglesia en la que se leen con claridad los signos de la *renovatio* es Santa María de Trastévere, también ésta reconstruida sobre edificios anteriores que van del siglo IV al IX, algunos años más tarde que San Clemente, pero con formas más monumentales.

Los fragmentos de los epígrafes y de la decoración plástica (plúteos, marcos, pequeños pilares), que pertenecen a la decoración de los edificios anteriores, fueron empleados de nuevo en las estructuras de la iglesia del siglo XII. Aquí también la reutilización de material más antiguo se exhibió significativamente y se eligió de nuevo una planta basilical de tres naves, con dos filas de columnas antiguas. Además, se pensó realizar en el ábside un gran mosaico, donde reaparecen tanto los motivos del repertorio decorativo de la Antigüedad tardía, como el esquema iconográfico típico de los mosaicos absidales paleocristianos y carolingios, que consiste en situar junto a Cristo o a la Virgen un tropel de santos y donantes. Entre estos elementos de tipo tradicional surge, sin embargo, un tema nuevo, el de la coronación de la Virgen, sentada al lado de Cristo en un trono ricamente decorado con gemas y piedras preciosas.

María es también protagonista del ciclo de mosaicos realizados en 1291 en la pared absidal situada debajo. En seis recuadros, Pietro Cavallini, uno de los máximos exponentes del renacimiento del siglo XIII, ilustró la *Vida de la Virgen* con un estilo que ya es "moderno", que estaba ya reconquistando el volumen y la perspectiva, es decir, el espacio real. Esta novedad fundamental se nota observando la diferencia estilística y compositiva respecto al mosaico que está encima, que es de un siglo y medio antes.

Estatua de bronce de san Pedro, atribuida a Arnolfo di Cambio, que se conserva en la basílica de su advocación.

El lugar más sagrado

Persisten todavía formas arquitectónicas de sello más tradicional en la iglesia de Santa María de Aracoeli, del siglo XIII, nueva residencia romana de los franciscanos, construida en el Campidoglio –en un espacio destinado ya desde la época de los romanos a lugar de culto– y a la que puede llegarse subiendo por la empinada escalinata del siglo IV, que es un exvoto por el final de la peste de 1348.

Por desgracia, las alteraciones sufridas en el edificio a lo largo de los siglos sucesivos han obstaculizado, cuando no incluso borrado, la visión de esos elementos que subrayan el acento típicamente gótico, como las cúspides triangulares del ábside poligonal originario (destruido) y la decoración en calado de las ventanas de arcos agudos –de lo que quedan restos y fragmentos–. En el interior, no faltan los testimonios escultóricos y pictóricos de gran valor, entre los cuales el fresco de Pietro Cavallini para la tumba de Matteo d'Acquasparta (posterior a 1302).

Concluyamos nuestra rápida visita en el lugar más sagrado de todos: el *Sancta Sanctorum*, antigua capilla privada de los papas, donde se conservaban las reliquias más veneradas. Situada en origen en el interior del conjunto de los palacios lateranenses, la estructura actual –oculta por la funda del siglo XVI que la envuelve, el edificio de la Scala Santa– se debe a la reconstrucción que realizó Nicolás III, a finales de la década de los setenta del siglo XIII.

Embellecido con mármoles de desecho, pinturas y brillantes mosaicos, el angosto interior ofrece un impacto visual muy llamativo. Por el nuevo concepto espacial de los frescos, por la logia falsa con arquitos trilobulados y por las demás ventanas en arco agudo, puede decirse con certeza que es el primer espacio auténticamente gótico de Roma.

Una peregrinación guiada

La influencia de peregrinos a Roma influyó en que las guías de Roma conocieran numerosas ediciones tras la aparición de la imprenta. Su origen está en los *Mirabilia Urbis Romae*, que se remontaban al siglo XII y que aún se imprimían con ese título en el Renacimiento.

En las que fueron traducidas al castellano en el siglo XVI, se encuentra la descripción de las siete iglesias de Roma: San Juan de Letrán, San Pedro en el Vaticano, San Pablo Extramuros, Santa María la Mayor, San Lorenzo Extramuros, San Sebastián y Santa Cruz en Jerusalén.

A partir del pontificado de Sixto V, la iglesia de Santa María del Pueblo sustituye a la de San Sebastián como una de la siete principales a las que deben dirigir sus pasos tanto el peregrino como el turista.

Las guías incluían también las estaciones, gracias e indulgencias de todas las iglesias de Roma, divididas según los meses del año, con lo cual el peregrino sabía a cuál debía dirigir sus pasos y rezos en función del mes de su llegada.

La difusión de las guías de Roma y su publicación en otras lenguas contribuyó a configurar el ideal de la Antigüedad clásica romana y de la Roma de los papas, logrando que la imagen de la ciudad llegara más lejos en la sociedad europea de su tiempo que si ésta hubiera sido concebida sólo a través de los tratados y libros de lujo.

Los símbolos del poder

En el siglo XIII, el Pontífice romano reivindica a la vez el poder temporal y el espiritual, con el consiguiente desarrollo de un elaborado conjunto de imágenes, entre las que destacan las Llaves y la Tiara

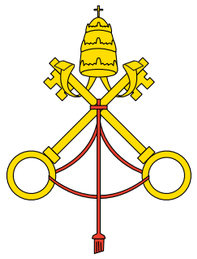
Agostino Paravicini Bagliani
Profesor de Historia Medieval
Universidad de Lausana (Suiza)

EL PAPADO FUE SIEMPRE UNA INSTITUción de vocación universal. Pero a lo largo de la Edad Media esta vocación conoció fases alternas, hechas de luces y sombras, victorias y derrotas. No siempre los pontífices pudieron ejercer y defender con autoridad la universalidad de su función, pero entre finales del siglo XII y finales del XIII, el Papado pudo expresar e imponer, como nunca antes, una visión de universalidad amplia y consciente. Los pontífices del siglo XIII –Inocencio III, Nicolás III y Bonifacio VIII, entre los primeros de origen romano–, desarrollaron imágenes y símbolos para afirmar y apoyar su visión del Papado.

Para lograr sus objetivos, el Papado debía, en primer lugar, hacerse de nuevo con la posesión de la ciudad, que había perdido a causa de las turbulencias políticas romanas y de los prolongados cismas que agitaron la vida de la Iglesia durante gran parte del siglo XII. El 24 de julio de 1177, en Venecia, Alejandro III y Federico Barbarroja firman la paz tras 18 años de luchas y conflictos. El Emperador besa los pies al Papa y cumple sus deberes de escudero, sujetando las bridas del caballo blanco del Pontífice. El cisma más largo de la historia había terminado. Pero, al dejar Venecia, el Papa no vuelve directamente a Roma. De Anagni se dirige al sur, hasta Apulia, a Siponto y a Troia. A la vuelta, pasa por Benevento y San Germano, al pie de la célebre abadía de Montecassino, en la frontera del Reino de Sicilia.

Tras muchas negociaciones, el Papa pudo entrar finalmente en Roma el día de la fiesta de San Gregorio Magno (12 de marzo de 1178). Un año des-

***La reconciliación de Alejandro III con Barbarroja*, de Giorgio Vasari, reconstruye el episodio que puso fin, en 1177, en Venecia a dieciocho años de lucha entre el poder imperial y el pontificio.**



La cátedra de madera llamada de San Pedro es, en realidad, un trono regalado al pontífice por Carlos el Calvo en el siglo IX, recubierto posteriormente de bronce dorado por Gian Lorenzo Bernini (Vaticano, Museo del Tesoro de San Pedro). A la derecha, **la ilustración recrea la ceremonia de toma de posesión de los papas en la basílica del Palacio de Letrán, su residencia oficial en el Medievo, que hasta Gregorio X (1271-1276) precedía a la consagración en el Vaticano. Tras la ceremonia, el nuevo Papa comía solo en el triclinio, con vajilla de oro y plata. Varios cardenales y nobles le atienden con solemnidad, mientras en los ábsides a derecha e izquierda del Papa se sientan obispos, sacerdotes y diáconos cuyo rango viene determinado por su mayor o menor cercanía al triclinio papal. El templo está adornado con solemnidad para la ocasión.**

pués de su retorno triunfal, Alejandro III celebra en la basílica de San Juan de Letrán un concilio –al que se llamó luego Tercer Concilio Lateranense– para manifestar de manera llamativa la reencontrada unidad de la Iglesia.

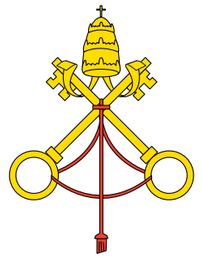
De nuevo reinaba en Roma un único y legítimo pontífice. Pero, ya en el verano de 1179, Alejandro III hubo de dejar la ciudad: viejo y enfermo. Murió dos años más tarde en Civita Castellana, el 30 de agosto de 1181. El traslado de sus restos a Letrán, donde fue sepultado, estuvo marcado por escenas de violencia.

Pontífices romanos

Sus sucesores inmediatos –Urbano III (1185-1187) y Gregorio VIII (1187)– vivieron su pontificado sobre todo en la Italia del norte y del centro, entre Verona y Ferrara, Bolonia y Módena, Lucca y Pisa. En esta ciudad, el 19 de diciembre de 1187, los cardenales, reunidos para escoger al sucesor de Gregorio VIII, eligieron papa a un cardenal de origen romano, Paolo Scolari. Su decisión constituía una señal clara: el Papado debía regresar a Roma y quedarse allí. El 31 de mayo de 1188, Clemente III concluye la paz con el Senado de Roma. Al papa se le reconoce de nuevo como señor de la ciudad y el Papado vuelve a ser romano.

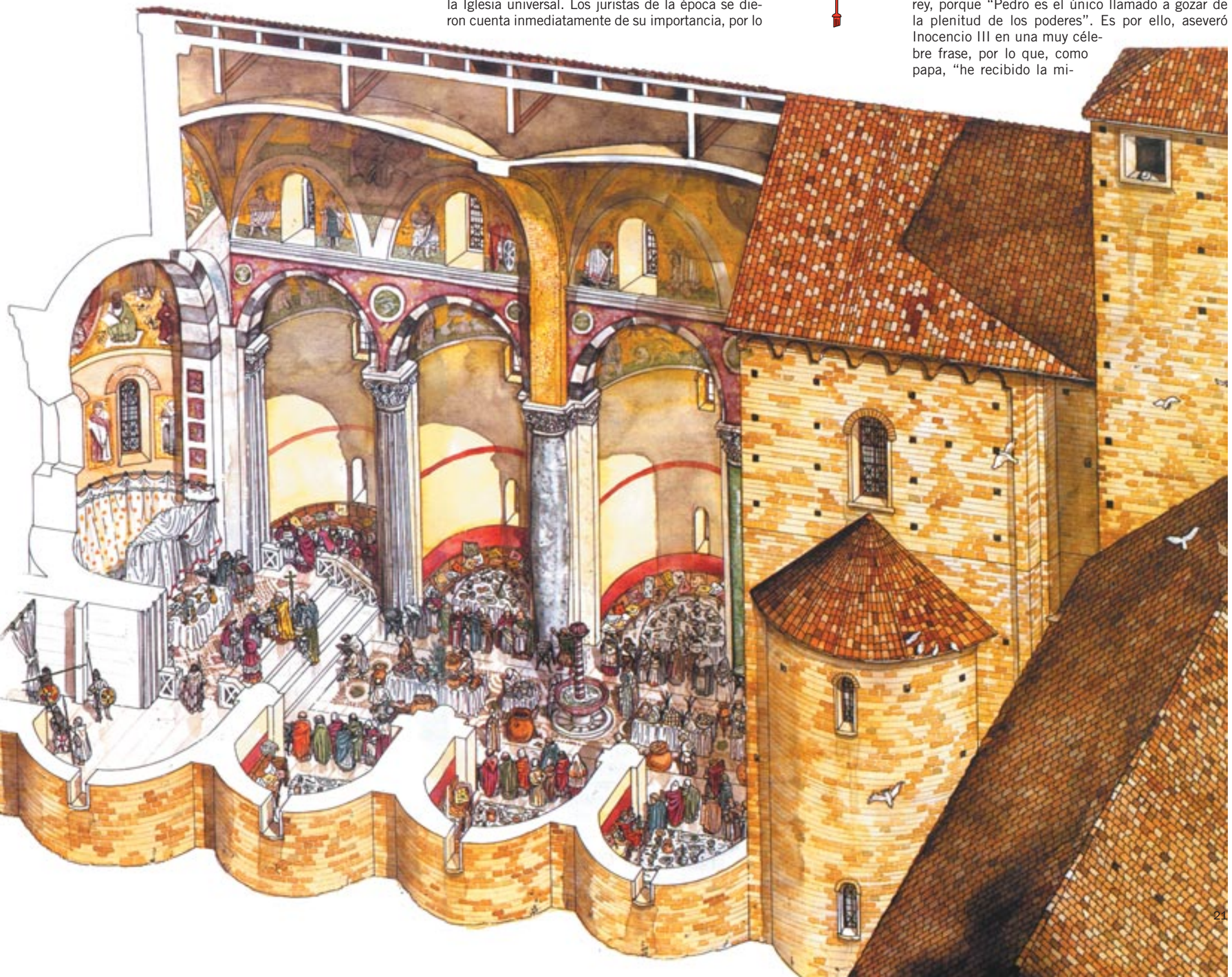
También el sucesor de Clemente III, Celestino III (1191-1198), era romano: pertenecía a la familia de los Boboni, cuya rama de los Orsini se hizo célebre y poderosa. En el momento de su elección tenía la venerable edad de 90 años aproximadamente. Celestino III murió el 8 de enero de 1198 y está sepultado en San Juan de Letrán. Ese mismo día fue elegido papa el más joven de los cardenales, Lotario di Segni, que tomó el nombre de Inocencio III. Su padre, Trasmondo, había casado con Claricia Scotti, descendiente de una influyente familia romana.

Alejandro III había afirmado repetidas veces que, en la Iglesia, el Papa "posee la primacía sobre las demás Iglesias del universo", porque es el sucesor de Pedro. Como "vicario de san Pedro", el Pontífice ejerce una autoridad soberana sobre las almas para garantizarles la salvación eterna. Ha recibido de Cristo, por medio de la persona de Pedro, el mandato especial de "apacentar las ovejas del Señor". Inocencio III va más allá, con gran habilidad de títulos y metáforas. En 1198, ya desde el primer año de su pontificado, enuncia, por ejemplo, la doctrina según la cual el Papa posee la "plenitud de los poderes". Es una definición que se utilizará durante siglos para justificar la primacía jurisdiccional del Papa sobre la Iglesia universal. Los juristas de la época se dieron cuenta inmediatamente de su importancia, por lo



que la adoptaron en sus comentarios, que luego fueron estudiados en las grandes universidades (Bolonia y París). Así, pues, la definición preferida de Inocencio III conoció un éxito duradero.

Pero si el Papa posee la plenitud de poderes, siguió diciendo Inocencio III, ello quiere decir que la suya es una función real: el Papa es algo similar a un rey. Aún más, para Inocencio III, es superior al rey, porque "Pedro es el único llamado a gozar de la plenitud de los poderes". Es por ello, aseveró Inocencio III en una muy célebre frase, por lo que, como papa, "he recibido la mi-



Las bulas papales

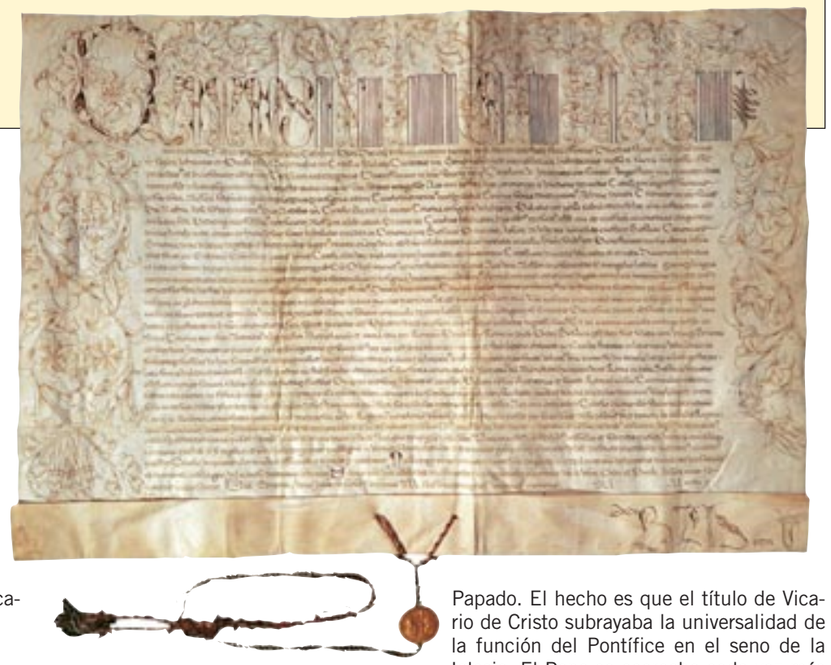
Entre los siglos XII y XIII, más aún que en el pasado, las cartas del pontífice constituyen el canal a través del cual el Papado otorga a la Cristiandad decisiones, sentencias, privilegios y dispensas. Es un fenómeno ligado a la naturaleza misma de la función papal del período. Las cartas papales eran redactadas por "escritores". Enrique de Würzburg, que visitó la curia en la época de Inocencio IV, habla en su poema sobre la curia romana de "varios centenares de escritores papales". La cifra es exagerada, pero los escritores eran por lo menos unos cincuenta. Un corrector enmendaba los eventuales errores. Todas las cartas papales debía llevar una bula, que se fijaba, según el tipo de carta, con una cuerdecita de seda o de cáñamo. El plomo para las bulas lo adquiría la Cámara Apostólica que, por ejemplo, en 1299, compró 9.705 libras, más 19 libras de seda para las cuerdecillas que se utilizaban para colgar la bula del pergamino.

Si tenemos en cuenta que una bula pesa 40 g, y que se pierden 10 g en la fabricación, se puede suponer que en 1299 salieron más de 63.000 bulas de la cancillería pontificia. Esto significa que cada escritor producía una media dos o tres cartas al día.

Cuando moría el pontífice se interrumpía la producción de bulas, ya que la matriz en la que se había grabado el nombre del papa era quebrada en el curso de una ceremonia.

La matriz que contenía las imágenes de los apóstoles Pedro y Pablo debía permanecer "íntegra e inalterada", porque representaba la continuidad del poder (*potestas*) papal. El vicecanciller metía la matriz en una tela fuerte, sobre la que imprimía su sello, y luego se la entregaba al camarlengo, que debía conservarla hasta la elección del nuevo papa. Mientras se esperaba que se fabricase la matriz con su nombre, el nuevo pontífice podía utilizar la que tenía las figuras de los dos apóstoles, aunque sólo hasta el día en que era consagrado papa. Las bulas de este tipo se denominaban *bulas a medias*, porque estaban incompletas por el lado en el que debía figurar el nombre del papa reinante.

Algunas cartas papales se registraban en magníficos listados de pergamino, cuya serie nos ha llegado prácticamente completa para el siglo XIII. Los registros de las cartas papales se conservan en el Archivo Secreto Vaticano y constituyen una fuente inagotable para la estudio de la historia del Papado.



La Bula de Oro de Clemente VII, anexa a una carta que se conserva en el Archivo Secreto del Vaticano.

tra para mi sacerdocio y la corona para mi majestad".

También para sus sucesores, la majestad de Cristo servirá sobre todo para legitimar el poder temporal del Papa en los límites del Estado de la Iglesia. Inocencio IV recurrirá a la majestad de Cristo para justificar la sucesión de los poderes de los que se ha servido Dios para gobernar a los hombres: "Hasta Noé –afirmó el Pontífice– Dios gobernó sólo; lo hizo con ministros desde los tiempos de Noé, que no fue sacerdote, pero ejerció esas funciones. Esto duró hasta Cristo, que fue, por derecho de nacimiento, nuestro Rey y Señor. Cristo gobierna por medio de su Vicario, el Papa".

Vicario de Cristo

Al describir la entrada triunfal de Alejandro III en Roma, el biógrafo papal Bosone observó: "Entonces todos [los romanos] miraron su rostro como el rostro de Cristo, de quien hace sus veces en la Tierra". Eran palabras nuevas, porque antes del siglo XII el Papa poseía generalmente el título de "Vicario de Pedro". Sólo desde hacía unos decenios, bajo Eugenio III (1145-1153), el título de "Vicario de Cristo" había entrado en el lenguaje de la cancillería papal, por influencia de Bernardo de Claraval.

Inocencio II se definió muchas veces como "Vicario de Cristo" en sus cartas, hasta el punto de que en adelante el título terminó reservándose exclusivamente al pontífice romano. Era evidente que estaba sucediendo algo nuevo e importante en el seno del Papado. El hecho es que el título de Vicario de Cristo subrayaba la universalidad de la función del Pontífice en el seno de la Iglesia. El Papa se acercaba cada vez más a Cristo y a su poder sobre la Iglesia.

Son conceptos que Inocencio III ilustrará espléndidamente en la restauración del gran mosaico que desde los tiempos del emperador Constantino adornaba el antiguo ábside de San Pedro. En la zona central, se hizo representar a sí mismo junto al Trono con el Cordero, símbolo de Cristo. A la derecha del Trono, en cambio, el Papa hizo representar a la Iglesia, con el rostro de una joven que sujeta la bandera con las llaves y está coronada por una vistosa diadema enjoyada. El mensaje es claro: el poder del Papa deriva, a través de Pedro, de Cristo. Su poder es universal, espiritual y temporal al mismo tiempo; lleva el Palio, símbolo de la plenitud del poder, y la Tiara. El Papa vuelve las manos hacia la Iglesia romana, en un gesto que subraya el hecho de que actúa por delegación de la Iglesia, sin ninguna mediación.

Como jefe espiritual de la Cristiandad, posee el poder supremo de las Llaves; es, como dijo el propio Inocencio III, "necesidad y utilidad de todo el pueblo cristiano", y, por este motivo, los cristianos están sometidos a su autoridad.

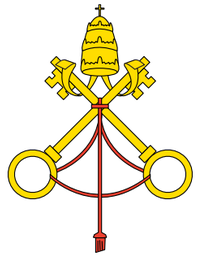
Para Inocencio III, la Cristiandad se identifica con la Iglesia en su acepción más amplia, es decir, con el "orbe cristiano", término que designa al conjunto de los "pueblos y de los reinos cristianos". Gregorio VII había definido a Roma como "madre de toda la Cristiandad". Un siglo más tarde, con Inocencio III, los términos de Cristiandad e Iglesia acaban fusionándose. El guía de la Cristiandad es el Papa, porque él es la "cabeza de la Iglesia".

En la Cátedra de Pedro

Así, el Papado del siglo XIII introduce el concepto de plenitud de los poderes, que pone al servicio de una dilatación de la Cristiandad en términos espaciales. Según Inocencio III, "Pedro preside todas las cosas en plenitud y en latitud, ya que él es Vicario de aquél al que pertenecen la Tierra y todo lo que ésta contiene y todos los que la habitan". Unos decenios más tarde, Sinibaldo Fieschi (Inocencio IV) llegará incluso a afirmar que, gracias a la plenitud de los poderes, el Papa puede ejercer su poder no sólo sobre todos los cristianos, sino también sobre los infieles.

El hecho de que, alrededor del 1200, el título de "Vicario de Pedro" quedara prácticamente abandonado en favor del de "Vicario de Cristo", explica también por qué el Papado del siglo XIII otorgó un interés realmente extraordinario a la figura de Pedro, apropiándose de símbolos e imágenes que durante siglos habían sido atributo del apóstol romano.

El propio Inocencio III quiso sentarse en la Cátedra de san Pedro el día después de su consagración como pontífice romano. Por otro lado, recordó el acontecimiento en su primera carta al capítulo de la basílica (13 de marzo de 1198). Y también su biógrafo dice, con énfasis, que esta ceremonia se celebró "no sin evidente ostentación y admiración de todos". En la época de la elección de Lotario di Segni como pontífice (1198), ese trono de madera se hallaba en la basílica vaticana y se consideraba, desde hacía ya casi un siglo, la cátedra "material" de san Pedro, es decir la silla en la que se habría sentado el primer obispo de Roma. Estudios realizados en los últimos decenios han dejado claro, sin embargo, que la Cátedra de san Pedro era de hecho el trono imperial que Carlos el Calvo donó quizá al papa Juan VIII con ocasión de la coronación imperial del año 875.



El Tercer Concilio de Letrán, en detalle de un fresco del ciclo *Historia del papa Alejandro III*, de Spinello Aretino (Siena, Palazzo Pubblico). Un año después de su regreso a Roma, tras finalizar la polémica con Federico Barbarroja, el Papa convocó este concilio para reforzar la unidad de la Iglesia.

También el "anillo del pescador", es decir el anillo que utilizarán los papas hasta el siglo XIX para sellar los documentos de naturaleza particular, debe su nacimiento a la creatividad simbólica de los papas del siglo XIII. En numerosos retratos de la época, "el Pontífice lleva en el anular, en general de la mano derecha, un anillo con una gruesa piedra preciosa".

Cuando el Papa moría, el "anillo del pescador" debía entregarse a los cardenales que lo conservaban bajo sello durante el período en que la sede apostólica estaba vacante. El "anillo del pescador" representaba la función del Pontífice, que no muere con él, sino que es perenne.

El Papa se identifica con Pedro para ser cada vez más la imagen de Cristo en la tierra y la encarnación de la Iglesia romana. Es una visión del Papado que necesita a Roma. Sólo gracias a Roma, a la Roma del

***El Papa y su séquito se reúnen con Santa Úrsula en Roma*, de Vittore Carpaccio (Venecia, Galleria dell'Accademia, siglos XV-XVI).**

apóstol Pedro, el Papa podía confirmar su función de obispo universal. Son conceptos que vemos representados en los magníficos frescos vaticanos que hoy pueden admirarse, tras su reciente restauración, en la capilla del Sancta Santorum, en San Juan de Letrán. En la pared del altar se hallan las dos escenas más importantes: a la izquierda, Nicolás III en persona lleva a su mano un modelo pintado de la nueva capilla. El Pontífice, de ojos claros, arrodillado, alcanza casi la altura de Pedro y Pablo, que están a ambos lados de su figura. A la derecha, Cristo está sentado en un trono con ángeles y señala hacia el Papa. En la pared que contiene las *Historias de los Mártires Pedro y Pablo*, además de escenas del martirio de los santos "romanos" Pedro, Pablo, Esteban, Inés y Lorenzo, surge en el centro Castel Sant'Angelo, que entonces era propiedad de la familia Orsini.

"Yo soy César"

Sin lugar a dudas, los papas romanos del siglo XII supieron servirse de las imágenes para consolidar una visión del Papado. Cristo, los apóstoles Pedro y Pablo, y Roma: éstos son los elementos que sustentaban la idea según la cual el Papa era el jefe de la Iglesia y, en cierto sentido, la "encarnación" de ésta. Hallamos esta sorprendente capacidad de crear imágenes al servicio de una visión del Papado también en una de las más bellas estatuas realizadas a finales del siglo XIII, por uno de los mayores artistas de la época, Arnolfo di Cambio. Se trata del busto del pontífice que reinaba entonces, el romano Benedetto Caetani, o sea Bonifacio VIII (1294-1303). Es una obra de arte extraordinaria, porque contiene toda una serie de novedades como no la tuvo ninguna otra representación plástica de un papa medieval. Este busto de Bonifacio VIII es el primer retrato escultórico de un pontífice vivo colocado en una iglesia, pero es asimismo la primera estatua de un papa que bendice con la mano derecha y lleva las llaves en la izquierda. Empuñando las llaves, Bonifacio VIII usa un símbolo que era atributo exclusivo de san Pedro y que ahora tenía que mostrar el papel intermediario del Papa entre el cielo y la tierra. Éste es el concepto que Dante explica en el terceto en el que Bonifacio VIII habla de las Llaves que su *antedecessor –Celestino V– non ebbe care*, que su "antecesor no apreció". Gracias a esas Llaves, dice Bonifacio VIII dirigiéndose a Virgilio, *Lo ciel poss'io serrare o disserrare,/ come tu sai* ["El cielo pueda yo cerrar o abrir,/ como tú sabes"] (*Infierno*, XXVII, 103-106). El Papa se cubre con una tiara desmesuradamente alta, cuya forma circular representa un globo.

Tiara de la estatua de bronce de san Pedro (Vaticano, Museo del Tesoro). Junto con las Llaves, que representan el papel de intermediario del pontífice entre el cielo y la tierra, la Tiara es símbolo del poder papal.

Pero, ¿acaso Bonifacio VIII no había afirmado en la bula *Unam Sanctam* (1303) que "toda criatura humana está sometida en todo al romano Pontífice"? En este texto, quizá el más controvertido entre los documentos papales de la Edad Media, declaraba que "no hay más que una Iglesia, santa, católica y apostólica y fuera de ella no hay salvación ni remisión de los pecados". Ya que Cristo se perpetúa en la persona de su vicario, corresponde a Pedro y a sus sucesores sustituirle en su papel de jefe. El poder de este último se ejerce a través de las dos Espadas, la espiritual y la temporal. Aquel que niega a Pedro la espada temporal no interpreta bien la palabra del Señor: "Vuelve a guardar tu espada en la funda". Es necesario, pues, que una espada esté sometida a la otra, que la autoridad temporal se someta al poder espiritual. ¿Debemos sorprendernos, pues, si al recibir al embajador del rey de Alemania, el último papa del siglo XIII afirmó: "Yo soy César, yo soy emperador"?

Bonifacio, el Anticristo

Con Bonifacio VIII el ideal de universalidad del Papado había llegado a su apogeo. Pero a una visión tan amplia no podía corresponder la realidad política. El conflicto entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso de Francia, del que el Papado no salió vencedor, lo demuestra ampliamente. Era un enfrentamiento que anunciaba una nueva geografía política de Europa, en la que el Papado no tenía que vérselas ya con un Imperio evanescente y moribundo, sino con los nuevos señores del continente, el primero de los cuales era el rey de Francia.

Pero también en el interior de la Iglesia surgieron dudas y por esta razón el pontificado de Bonifacio VIII fue sometido a un juicio muy severo por parte de sus propios contemporáneos. Contra él jugó el hecho de que su predecesor, Celestino V, era completamente diferente. Este último había sido ermitaño antes de subir al trono de Pedro, que además había abandonado muy pronto, presentando su dimisión y realizando, como dirá Dante, *il gran rifiuto*, "la gran negativa". La figura de Celestino V poseía todos los ingredientes para convertirse en el *Papa angélico*, aquél que, según una tradición que se remontaba al menos a la época del célebre abad calabrés Gioacchino da Fiore, habría reformado la Iglesia con su candor y su sencillez. Hacia 1267, Roger Bacon informaba al papa de la época, el francés Clemente IV, de que una profecía, surgida 40 años antes, anunciaba el advenimiento de un papa "que vendrá a purgar el derecho canónico de la Iglesia de Dios de los sofismas y de los engaños de los juristas. Gracias a la bondad, a la verdad y a la justicia de este papa, los griegos volverán a la obediencia de la Iglesia de Roma y la mayor parte de los tártaros se convertirá a la fe y los sarracenos serán destruidos; y habrá un solo redil y un solo pastor, como afirma el profeta".

Contrapuesto a Celestino V, Bonifacio VIII acabó simbolizando la figura contraria a la del papa angélico, es decir, al *papa Anticristo*. El franciscano espiritual Ubertino da Casale –que la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa* ha hecho célebre– no dudó en identificar a Bonifacio VIII –y a su sucesor, Benedicto XI– con el ángel del abismo del *Apocalipsis*, rey de las langostas (*Ap*. 9, 11), la bestia que sale del mar (*Ap*. 13, 1 ss.), hasta su identificación definitiva con el Anticristo místico. La elección del papa Caetani habría sido posible gracias a la ambiciosa astucia "que se había hundido en todos los males". Bonifacio VIII y Benedicto XI serían los dos rostros del Anticristo místico. Incluso el número apocalíptico 666 los une. Transliterado en griego, este número equivaldría a *Benediktòs*, lo que en latín significa los (dos) Benedicti: Benedicto de Anagni, papa con el nombre de Bonifacio VIII, y Benedicto XI.

Para saber más

Álvaro Baeza, L., *La increíble historia del Vaticano*, Madrid, 1995.
Hertling, L., *Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1993.
Orlandis, J., *Historia de la Iglesia. Tomo I: La Iglesia antigua y medieval*, Madrid, 1998.
Paredes, J., *Diccionario de los Papas y Concilios*, Barcelona, 1998.
Verdoy, A., *Síntesis de historia de la Iglesia. Baja Edad Media. Reforma y Contrarreforma (1303-1648)*, Madrid, 1994.